



PALABRAS DE CLAUSURA - XXII CAPÍTULO GENERAL

Toulouse, 22 de julio 2017

Cuando el día 4 de julio disfrutábamos de la entrañable jornada en Gudanes, habíamos empezado, casi sin saberlo, la experiencia del XXII Capítulo General.

Una experiencia única, como lo es cada Capítulo, pero que entre pasillos nos repetimos - y otras cercanas también parecen percibir - que ha tenido algo especial y que lo hace un poco diferente. ¿Porqué no creerlo si este Capítulo lo hemos vivido en el corazón de la celebración de nuestro Bicentenario que tantas gracias y dinamismo nos está regalando? ¿Porqué no creer, como nos ha dicho algún día Blanca, nuestra facilitadora, que nuestra Congregación es especialmente bendecida y amada por Dios, precisamente en este momento de pequeñez y fragilidad? Es verdad que puede sonar un poco "loco"... Nos lo decía Bernadette en la apertura recordando esa frase que tanto nos hemos repetido en este año: queremos abrirnos al futuro con esperanza... Ella misma nos animaba:

Si, puede ser locura; pero sabemos en quien nos apoyamos para afirmarlo...

Y todavía nos resonaban estas palabras cuando llego el Hermano Marc Hayet para el retiro y nos recordó que Jesús nos invita siempre, y más aún en un Capítulo, a ese punto de locura que nos viene de la fe y del seguimiento al Señor y que nos abre y nos invita a actuar de formas nuevas y hasta extrañas a los ojos de quienes nos miran de lejos o de cerca.

Vuelvo de nuevo al texto de la apertura recordando el desafío que en él nos proponía Bernadette para la búsqueda y el trabajo que comenzábamos:

Tomar decisiones, dar orientaciones, escoger la vida y abrirnos al futuro, va a pedirnos coraje. Debemos correr riesgos: nos van a desestabilizar, desplazarlos; pues para vivir, hay que aceptar morir, perder, dejar....

¿Aceptaremos arriesgar, perder certezas, morir a ideas de siempre, partir como Abraham dejando los lugares y la gente que se ama, en la confianza de la llamada que el Señor nos hace?

Yo creo que si, hermanas, creo que en este Capítulo hemos acogido la invitación de ese loco maravilloso que es Jesús, nuestro hermano y señor, y nos hemos arriesgado adentrándonos en el discernimiento sin grandes resistencias y con confianza.

Por eso podemos decir, humildemente pero sin temor a equivocarnos, que la tónica de nuestra asamblea capitular ha sido esta valentía. La que nos ha permitido afrontar el desafío implacable y contundente de la evolución demográfica y sus escenarios de disminución de personas, de presencias, de opciones misioneras... y buscar con ánimo y creatividad las prioridades que permiten un futuro de vida para todas.

No nos ha faltado coraje y confianza tampoco para salir de los esquemas de siempre y acoger formas nuevas de reflexionar y dialogar en las mesas a través del dinamismo y peculiaridad del don propuesto a cada una: sabiduría, entendimiento, consejo, fortaleza; y que nos ha permitido avanzar más ágiles y complementarias en los debates y plenarios.

Son muchos los gestos de generosidad que nos hemos ofrecido entre nosotras cada día para cuidar los distintitos aspectos de nuestra vida juntas (momentos de oración, apoyo en el comedor, secretaría, redacción, salud, traducciones, aportes para el blog...) aun cuando nos tentara la pereza normal de un largo día de trabajo que se merecía mejor un buen paseo o descanso. Pero también generosidad para llegar a consensos, para ceder de mi postura y que una decisión salga adelante como ha sucedido muchas veces estos últimos días en los que hemos concretado y votado las decisiones que orientaran la Congregación en los próximos 5 años.

Conscientes de nuestra diversidad de caracteres, sensibilidades, culturas y generaciones, pero movidas por un mismo e intenso deseo de búsqueda en común, no hemos temido abrirnos al diálogo y escucha profundas unas de otras y de las distintas realidades que traemos con nosotras y esto nos ha brindado hermosos momentos de comunión. No podía ser de otra manera porque habíamos recibido como un regalo la llamada a la fraternidad en los días de retiro mirando a un Jesús hermano y que nos muestra que hacerse pequeños y hermanos es camino de vida.

Por eso mismo, si dar sentido y futuro a la Misión de Compasión ha sido el centro y motor de nuestro discernimiento, mirar a ese Jesús, lavando los pies de sus discípulos, ha sido la luz más clara para redescubrir que toda nuestra vida es misión. Así nos lo proponía Bernadette en la iluminación:

*La misión es una vida, una actitud profunda, una mirada de fe sobre las personas y sobre la vida entera; dicho de otra manera: **"Ser, Vivir y Actuar como Jesús"**. Lo que para nosotras significa traducir la compasión en actos, a través de toda nuestra vida, de nuestra manera de ser y de vivir.*

Creo que esto ha sido clave desde el principio hasta el fin de nuestro capítulo: mirar y no dejar de mirar a Jesús y dejar que esa contemplación vaya configurando nuestra vida entera.

La oración para este capítulo que hoy clausuramos terminaba con el lema que discreta y calladamente nos ha presidido en esta sala. "Danos un corazón grande..." Hermanas, mirando la experiencia que hemos vivido y el fruto que recogemos del trabajo realizado en estos días no cabe duda de que el Señor ha escuchado nuestra oración y nos ha agrandado el corazón.

Porque todo es bello, es bueno, es grande a sus ojos... y a los nuestros, maravillados una vez más, como los de la pequeña María de Nazareth, por su amor hacia nosotras que lo ha hecho posible... Y, también como ella, con toda confianza y esperanza nos disponemos a compartirlo y entregarlo ahora para que de vida al mundo que Dios ama con locura.

Con infinita gratitud y este deseo en el corazón doy por clausurado hoy día 22 de julio de 2017 el XXII Capítulo General de la Congregación de Hermanas de Ntra. Sra. de la Compasión.